
María Zambrano: Ronda psicoanalítica

La reflexión psicológica de María Zambrano discurre a menudo por órbitas de expresión psicoanalítica. Tanto es así que, en varias de sus obras¹ presta decidida atención y se entretiene, como es su estilo, a merodear en los habitáculos de Freud y de Jung. Y, aunque ella no elabore, ni pretenda, una Teoría Psicoanalítica, su conformación de la persona y de lo humano aportan nuevas claves de análisis para quien las quiera entender.

Con todo, el artículo que presento debiera leerse como si de atravesar una puerta se tratara, y quien entre siguiendo a Zambrano, pueda ir hacia la otra orilla del umbral psicoanalítico, hasta llegar a flotar más allá y antes de lo preconsciente y del discurso onírico. También, más allá y antes del análisis propiamente dicho: «el conocimiento que de nuestra situación adquirimos a través de los sueños no ha de ser forzosa ni enteramente analítico [...], en lugar de ser simplemente analizado, debe ser asimilado».²

Desde más allá y antes, Zambrano ofrece una singular intuición capaz de polarizar las teorías psicoanalíticas clásicas e, incluso, de potenciar sus terapias. El esbozo que propongo sobre la aportación de María Zambrano al Psicoanálisis, se centra en el síntoma de la **angustia**, que es el que ella ha tratado con atención continuada. Si otros síntomas, como el de la envidia, tan magistralmente trabajado en *El hombre y lo divino*, pueden plantearse desde los mismos supuestos, no es cuestión fácil de resolver y, en todo caso, no es éste el momento.

De entrada, el análisis de Zambrano se centra en los procesos subjetuales de inmersión-emergencia y se orienta hacia una clarificación de la conciencia mediante una verbalización lúdica de lo preconsciente. Esto es lo que a continuación voy a tratar, si se me permite, haciendo rotar la palabra sobre varios ejes a la vez: el soñar y el nacer, (inmersión-emergencia); la esencial tergiversación, (sueño, juego, delirio... máscara, forma, metamorfosis); Destino y delirio; los ínferos, Tragedia, Novela, Ética.

EL SOÑAR Y EL NACER

El tema del sueño, el soñar en el dormir del logos, aparece como momento

* Profesora del I.B. «Isabel la Católica» de Madrid.

¹ *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid, Alianza, 1987; *El sueño creador*. Madrid, Turner, 1986; *Los sueños y el tiempo*. Madrid, Siruela, 1992.

² *El sueño creador*, cit. nota 1, p. 24.

privilegiado para el conocimiento de sí-mismo. Atenta al precepto delfico, María Zambrano hace iniciar la andadura humana en el *conócete a tí mismo*. Pero, lejos de hacer efectivo tal conocimiento a través de los caminos de la razón lógica o del análisis de realidades supuestamente justificadas, la autora pide que se oriente la atención prioritariamente hacia el soñar, pues *soñar es despertar*. No está Zambrano jugando con las palabras, pues habremos de despertar del sueño de la vigilia, donde el yo permanece encadenado y vigilante tras las fronteras, en defensa de su ser-persona, personaje o nadie, da igual. Todo sueño es un viaje, pero ¿a dónde?, ¿al error?, ¿al azar?

Aclaremos que hay un soñar de dormir y otro del ensoñar en el sueño, ampliable al ensoñar de la vigilia. Metodológicamente los vamos a llamar sueño-1 y sueño-2, aun a sabiendas de que Zambrano no perdonaría tal descalabro.

«Entrar en el sueño es entrar bajo el sueño o más bien, por el sueño, en un lugar subterráneo, en una gruta -ypnos-; regresar a no ser visto; caer en el regazo de la vida madre que todo lo permite, dejar de atender al juego impuesto por la realidad, ese en que se paga prenda, para jugar a un juego propio, gratuito, donde no existe ley ni fronteras, donde, como decía Heráclito, se está en un mundo privado, donde no hay que responder porque no hay que preguntar».³

En el sueño-1 el sujeto se encuentra y permanece inmerso en la realidad; del sueño-1 no hay, ni siquiera, sujeto; al sueño-1 se asiste, como espectador paciente y ambivalente, al desarrollo de acontecimientos **inmediatos**, es decir, no mediatizados. En efecto, este soñar es anterior y ajeno al tiempo y al espacio como coordenadas transcendentales; es libre de cualquier esquema de causalidad, identidad, contrariedad o antinomia. El soñar-1 vaga en su ensoñar, ¿puro azar?

Fiel al movimiento cognoscitivo de la **inmersión**, Zambrano no volverá la mirada hacia **lo soñado**, ni intenta acoger comprensivamente los contenidos oníricos, ni teoriza sobre el sentido y significado de unos u otros símbolos. La autora pide que se recorra el camino al revés, es decir, hacia la realidad previa al sueño, la meta-realidad, o sea, que se continúe la inmersión, que no se tenga prisa por emerger.

Anotemos una primera clave psicoanalítica: la imagen, el cuerpo de la historia del sueño tal como nos la contamos, no es más que un argumento que polariza el sentir. Sólo un argumento que, como la tragedia, la novela o el cine, solo tiene de real aquello que el sujeto quiera investir, tomando postura. Sólo un argumento, pero que, como un ángel, cumple la esencial misión de anunciar y al que hay que atender en su ámbito, es decir, dentro de la esfera lúdica del imaginar, -y de la vida-, y nunca tomarlo demasiado en serio.

El sueño-1 tiene, pues, para Zambrano, el valor de ser el lugar original donde la inmanencia **de lo que nos pasa** se cuela hacia la conciencia o donde la

3 *Ibidem*, p. 35

realidad⁴ se hace presente. Pero ¿qué es lo que nos pasa?, ¿qué es la realidad?, ¿cuál es el problema? Si se tratara de responder, podríamos insinuar que lo que nos pasa es **ínferos, que la realidad es** disolución y que el problema consiste en que, en el fondo, no conseguimos saber si queremos ser o queremos no-ser, o bien no lo conseguimos decidir.

El sueño-1 ofrece, pues, al ser humano, la oportunidad de sumergirse en la realidad placentaria, vital, energética, cósmica. Esta **sumersión** le permitirá **emerger** como individuo único, él mismo. Pero tal **inmersión** le exige **flotar** en la oscuridad y el hastío, nadar sin prisa, dejarse conformar por la pulsión de ese estado privilegiado, opaco y hermético, cerrado en que **se siente**.

Así, sueño significa retorno al lugar de la materia viva que, como la tierra o el agua, nos soporta. Significa, también, el contacto con la pura energía en su despliegue dinámico, el azar. En el sueño, el ser humano contacta con la comunidad de lo que pasa y **no pasa**, como el simple arder, el simple flotar, el simple estar. Es, en suma, el momento de máxima condensación, de total integración del ser humano a su origen. No es extraño que, al igual que la angustia, el sueño deba ser bebido hasta el final. En este sentido, angustia y sueño empezarán a despejarse en el horizonte sólo cuando el ser humano sienta la imperiosa necesidad de crear algo propio, lo cual le exige siempre alguna mutación en la vida: el cambio, la transformación, la conversión, la metamorfosis, se inician y desarrollan en ese ir despertando, es decir, consiguiendo que **algo pase**.

Así, la atención terapéutica dirigida al sueño-1, no radicaría en la interpretación de imágenes ni vivencias, episodios y anécdotas, es decir en aquello que apunta hacia el momento de emergencia, sueño-2. El sueño-1, como estado primordial, es previo a cualquier coordenada lingüístico-cultural, y anterior al paradigma filosófico. Más allá del espacio y del tiempo, el sueño-1 sitúa al soñador ante la pura realidad informe, el ínfero, la disolución, brindándole la oportunidad de emerger como individuo único, un volver a nacer. Esto es, crear las condiciones de racionalidad, que le permitan su inserción en espacios culturales y sociales.

LA ESENCIAL TERGIVERSACIÓN

Después de permacecer en el descenso y la inmersión del sueño-1, en quietud y silencio, tal como se da, también, en los estados de angustia, la conciencia comienza a dinamizarse enviando información, (de no ser así el sujeto acabaría cayendo en una paralización catatónica: aferrado al momento y al episodio negativo, que acaba absolutizado).

⁴ Dentro de la multiplicidad de esferas de sentido en que Zambrano gusta de entablar el juego del lenguaje, cada palabra sufre desplazamientos abismales. Intentemos orientar la lectura del término realidad, según su órbita y en relación con nuestro tema: realidad metafísica: más allá, ápeiron. La misma realidad, en cuanto que sentida: ínfero. La realidad presentida: sueño-1. La realidad soñada: sueño-2. La realidad concebida, creada: sueño 2, proyecto. Y desde ahí: formas, máscaras, palabras, ideas... conforman la realidad memorizada.

«Los sueños son la primera forma del despertar de la conciencia y el primer paso en el camino de la representación».⁵ A este nivel de actividad de la psique vamos a denominar sueño-2. En él, la psique produce imágenes que pululan hasta lograr un cierto entramado. En el supuesto epistemológico de Zambrano, la información nace de la conciencia, en imagen o palabra, pues no hay más **logos** que aquel que el sujeto sea capaz de pronunciar. Pues bien, habría que entender las imágenes oníricas como el rechazo con que el sentir original, sueño-1, recibe el intento imaginador del humano.

Fenomenológicamente las imágenes serían el resto, un reducto, que se forma porque la conciencia recibe los sentires del soñar-1 y envía una primera información que choca contra la pura opacidad del medio en el que el ser humano se encuentra inmerso y rebota en forma de haces o cúmulos imaginativos. A partir de ahí, brota la imagen onírica, verdadera clave para saber si la información enviada y rebotada es válida o no. Así, su interpretación simbólica, de intentarse, habría que plantearla especularmente, como si de un negativo se tratara.

María Zambrano describe el origen de la tragedia humana como esa situación en la que el ser humano se siente **visto-sin-ver**⁶, propia del sentir primordial, en el sueño, en la angustia, en cualquier estado de **disolución** del sujeto, o de inmersión. Pues bien, en los procesos de imaginación del sueño-2 se iniciaría la primera transformación, –tergiversación, debiéramos decir–, necesaria para salir del horror de sentirse visto-sin-ver, –patológicamente acosado, perseguido, paralizado; filosóficamente debilitado, anulado, disuelto...–. La primera e inicial emergencia se producirá en el sueño-2, cuando, en su juego informador, la conciencia comience a crear **ámbitos de visibilidad**, condiciones que le irán permitiendo llegar a ver; todo un entramado de imágenes, formas, máscaras, palabras, con las que comienza a territorializar y a situarse. Cuando los haces imaginativos se carguen de calor, porque el sujeto proyecte sobre ellos su **necesidad** y su **esperanza**, habrá nacido el **símbolo**. En el fondo, los símbolos no son sino imágenes o palabras cargadas de los sentires más elementales del humano. Así nacieron los dioses, como primeros ámbitos de visibilidad cargados del calor de la pasión humana de ser. Y, con ellos, el sentido de la vida. Después veremos cómo, a través de otras transformaciones, tergiversaciones y ocultaciones, el humano va ascendiendo hacia la luz o entreluz, hasta conseguir llegar a ver-sin-ser visto.

Desde el sueño, el **conócete a ti mismo** debiera entenderse como **imagínate a ti mismo**, es decir, como un llamamiento a desarrollar imaginativamente algún enmascaramiento que le sirva de propuesta, proyecto o simple proyección, que polarice el sentir de una imagen-símbolo. De no ser así, el ser humano permanecería al desnudo. (Patológicamente, una persona sin máscara es una

⁵ *Los sueños y el tiempo*, cit. nota 1, p. 120.

⁶ Puede verse tratado en *El hombre y lo divino*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, cap. I, bajo el modelo simbólico del *hombre primordial* y su evolución hacia el *hombre civilizado*.

esquizofrénica, un sujeto en el que alguna órbita de su psique permanece desnuda y, por ello, desunida, separada. Es, en esencia, el que se siente-visto-sin-ver, porque no ha conseguido crear la máscara adecuada o esconderse tras ella. Como tal síntoma, es fruto de vivencias primordiales, como la angustia con la que tanto tiene que ver).

Siempre es el sueño quien crea la imagen previa al ser. Y será tanto más válida cuanto más detenida y apaciguada haya sido. La vivencia de inmersión: «los sueños son intentos de humanización, etapas de humanización».⁷ Se comprenderá que Zambrano considere el soñar como momento privilegiado para el conocimiento que uno llegue a tener sobre sí mismo, de sus pulsiones y querencias, sobre lo propio y lo adventicio y la autenticidad de su figurarse en el mundo. El sueño-1, fuente del sueño-2, fuentes ambos del postrer ensoñar, representar, proyectar, idear... necesarios para emerger como individuo. De ahí que el sueño sea el lugar de la verdad y para la verdad de la vida. Y esto, de muchos modos: porque en el sueño la vida biológica se expande y configura sin trabas, permitiendo al ser humano la recomposición bio-energética a nivel telúrico; porque ensoñar es el primer modo de configurar las realidades básicas; porque imaginar, ya despiertos, es anterior a ser, y cada cual sólo podrá llegar a ser aquello que algún día se atrevió a soñar, Porque la realidad humana, -y esto es la filosofía-, nace de la capacidad que la persona tenga de configurar-informar un mundo, su mundo: un lugar habitable.

DESTINO Y DELIRIO

Podemos verlo desde otra clave, mimada por Zambrano tantas veces, con la que se distancia de cualquier miedo a los procesos de **sublimación**.

En la vida, todo aquello que el ser humano es capaz de sustraer al destino, es delirio. Y es lo que más le vale la pena, porque es **lo propio**. Lo propio del individuo que se ha encontrado inmerso y angustiado y llega a emerger desde su disolución. Porque, ya lo hemos visto, sólo se emerge a través de la información-conformación que la conciencia vaya logrando crear: sueño, máscara, imagen, forma, palabra, idea... Todo nivel, y cualquier nivel de ideación es válido. No hay alienación, -y esto es filosofía-, porque no hay realidad ni sujeto que puedan ser alienados. Mas bien, desde la nada, el ser humano está llamado a crear el mundo, como un demiurgo. No hay realidad objetiva que pueda servir de criterio para discernir lo válido o lo verdadero, (y bien: ¿poesía?, ¿mística?, ¿ciencia? En el fondo opciones sobre lo real).

Zambrano ha descendido como nadie al nivel de lo primordial, de ahí su empatía con Heráclito, con los Pitagóricos, con Nietzsche... Y ha vuelto. Desde

⁷ *Los sueños y el tiempo*, p. 97.

ahí toda configuración de la realidad es válida y toda palabra verdadera, si nace de ahí, siempre dentro de la perentoria situación del transitar humano.

La imagen, la palabra, la idea, se componen por la **necesidad** del ser humano de concebir un mundo de máscaras que le permita emerger desde el ser-visto-sin-ver al ver-sin-ser-visto. Ahora bien, este humano proceder supone siempre una transgresión, una tergiversación, un pecado: el enmascaramiento en el que siempre consiste **ser individualmente**, emergiendo de la **indiferenciación primordial**. Esto es, el ser humano se hace ser humano en la misma medida en que se proyecta, sublima, crea y cree en símbolos. En todas las referencias del soñar: el ensueño, el sueño vigil, el imaginar, el proyectar, el creer, el delirar... la persona se encuentra con alguna verdad: «La verdad de la mentira, la congénita mentira en que la criatura humana parece tenga necesidad de involucrase, tal como las criaturas se envuelven: arropándolas, defendiéndolas de esa intemperie a la que se ven lanzadas al nacer».⁸ La verdad de la desnudez, de la soledad, de la levedad... la verdad de la necesidad de enmascarar la desnudez, de representar el ser, de crear el sentido. La verdad de ser capaz de crear el montaje necesario para coger la rienda al destino. El delirio de ser, ¿trágico o ético?

La verdad del sueño radica en su **racionalidad**. Una muy especial racionalidad: la del juego múltiple y plurivalente de las palabras, la de la danza incontenible de las máscaras, la del baile informal de las formas, la del insustituible evocar de los símbolos, la de la difícil ordenación de las ideas. Una racionalidad adecuada a **lo que hay**. Que permea al ser humano desde su entraña. Racionalidad que se trajina en el **corazón**, bajo la envoltura de los símbolos, nunca aséptica, nunca neutral. Como la misma vida.

Se entenderá que María Zambrano conceda un papel nuclear a la **imaginación**. Verdadera facultad demiúrgica, la imaginación cubre la peripecia humana de principio a fin y está llamada a crear ámbitos de visibilidad, espacios y tiempos propios y a verbalizar aquel montaje que el ser humano considere oportuno para vivir lúcidamente. Donde la lógica no sería sino un reducto, un residuo huidizo, y, en el fondo, una máscara más.

Desde el punto de vista de una terapia psicoanalítica, es muy importante intuir hasta el fondo el mensaje de Zambrano. Nunca se insistirá bastante sobre el carácter **aleatorio** de la trama imaginativa que el individuo organiza para salir del atolladero. *No hay hechos* que deban ser re-imaginados o recordados. No hay experiencias que exijan ser reelaboradas o reorganizadas. Los hechos y las experiencias pertenecen ya a un cierto grado de representación y no al fondo primordial de lo que nos pasa. Por ello será preciso descender más allá del episodio, alcanzar el lugar donde se toma el pulso a la disolución.

Sólo si se ha tocado fondo en la inmersión y se ha aceptado la radical desnudez, podrá potenciarse la emergencia y ayudarse de técnicas terapéicas, porque

⁸ *El sueño creador*, p. 35.

sólo en esas condiciones el sujeto, más que intentar desenmascarar sus vivencias, con el posible riesgo de liarse entre máscaras y recuerdos y de atarse a ellos, se orientará a entrar en el juego de máscaras que es la vida, provisto de las propias, las suyas, las que le permiten ver-sin-ser-visto.

Zambrano pide que el proceso de inmersión sea tal, que el ser humano llegue a toparse con un saber fundamental: *el delito mayor del hombre es haber nacido*. No hay, pues, culpables, aunque se tienda a inculpar al progenitor, aunque, a la postre es quien nos puso en este mundo, y aunque este esquema psicoanalítico pueda servir de **estrategia** en algún momento de la terapia. Pero una excesiva atención al padre, a dios o a lo demás, que no son sino máscaras, es el síntoma de una **emergencia precipitada**, de que no se ha llegado a abrir la última puerta. La luz, que estas palabras, padre, dios..., proyectan sobre la angustia, puede impedir descender de la penumbra a la oscuridad total, es decir, abandonarse a la inmersión, sin prisa por salir. Así la emergencia atada a estas palabras puede llegar a falsificar profundamente al individuo y lo ata de por vida al psicoanalista como testigo de su pronunciación.

Pero, retomemos el hilo de la circulación psicoanalítica, siempre siguiendo a Zambrano. ¿Qué es, pues, lo que **siente** o lo que le **pasa** al humano? ¿por qué la angustia, el tedio, el hastío?, ¿Por qué la necesidad de crear una máscara?

LO QUE NOS PASA ES ÍNFEROS

¿Puede, acaso, hablarse de lo que pasa en ese nivel previo al soñar, en el puro sentir?

María Zambrano no sólo se permitió abandonarse a la experiencia primordial y permanecer en esa orilla, sin prisa por volver. No sólo bajó al ífero, como Lezama, Miró, Dante o Nietzsche, sino que fue capaz, también, de acogerse a la hospitalidad de la palabra: escribo para salvar la soledad. Y escribí. Retomemos los hilos de su discurso. Lo que nos pasa es que sentimos el insostenible peso de no ser nadie, de que no pase nada, –angustia, inmersión, indiferenciación, inculpación, disolución...–, o bien, de que todo pasa, –lucidez, emergencia, individualización, exculpación...–. Imaginemos la doble y esencial perplejidad: cuando el humano siente o balbucea que no-pasa-nada, quizá se encuentra en la nada. Nada, al estilo nietzschiano, ya que dios ha muerto. Nada que sustente el mundo, ni una raya capaz de contener el horizonte. Cuando el humano siente o balbucea que todo pasa, se acerca, también, a la nada, porque pasar es anunciar el no-ser, **disolverse**.

En el quicio del dintel, el angustiado está en el ífero: por una orilla, nada, en la otra miles de fantasmas, –pura apariencia– se desvanecen vertiginosamente. El vacío. Es el movimiento inicial e **iniciático**, para jugar a crear el mundo.

Más filósofa que poeta, más poeta que psicóloga, Zambrano inventa la palabra ífero para polarizar la vivencia **primordial del humano**, aquella que pesa

tanto, que ni siquiera sentimos que pase, es decir, que empiece a pasar, ni sabemos nombrar, es decir, iluminar. Filosóficamente: ápeiron. Experiencia de lo hermético, que paraliza y agobia. Experiencia de lo opaco, que priva y angustia. Porque lo primordial, –y esto es la filosofía–, no es más que la pura materia, la pura y loca energía del caos. Y el ser humano lo siente y le acucia saber que nadie ha creado un mundo para él. Nadie ha configurado un ámbito. Al contrario, se siente absorbido, sucumbido ante la disolución.

Ífero significa estado de inmersión en la realidad, el modo de sentir **lo que hay y en lo que estamos**, más allá del cosmos en el que habíamos creído vivir. La oscuridad de no saber ni ver, de sentirse perdido como en un océano, la opacidad: íferos del alma. La circunstancialidad del vivir ordinario, en el que, con frecuencia, el humano siente estar fuera de juego, o no encuentra lugar, o no tiene tiempo: íferos de la vida. La muerte y las muertes de cada día, las pérdidas, los regresos, la masificación; siempre que el pasado atrofia y el presente se hipoteca...: íferos de la muerte.

Ífero es el tiempo que devora la existencia. Cuando pasa porque pasa. Cuando no pasa, porque querríamos que pasara. El aburrimiento y el tedio; la aceleración, la disolución, el hastío...

Ífero es la nada, no sólo porque la muerte de dios ha dejado al ser humano desabastecido de este símbolo, sino porque en su dinámica oscilación, en su sagrada persistencia, la nada está ahí, como un agujero negro absorbiendo cuanto toca. Íferos significa siempre la situación primordial, en la cual la indiferenciación y la nada se hacen presentes al sentir, así como un radical estado de ambivalencia ante el dilema de ser o no-ser.

Para tratarlos, a los íferos, al ser humano no le soluciona activar la palabra, sino descender al **silencio**. Sólo en el silencio el escenario queda libre, para que lo sentido pase sin intervención de la conciencia. El silencio como actitud será el momento supremo del humano, en el cual se abandona y entrega a **lo que hay**, y se deja informar/desinformar por ello. Un «descuido», donde la verdad puede aparecer. Momento cargado de eros, que impele al humano a ceder ante la realidad. Sólo después de flotar o nadar como el naufrago y en la noche, y en ése su ífero, la imaginación comenzará a crear las primeras máscaras de lo real, –¿símbolos o diábolos?–, y podrá balbucear algunas palabras, verdaderos dioses, capaces de ir configurando el mundo.

Pero, ¿se da o puede darse el nexo entre la imagen-palabra y la realidad sentida? No, desde la muerte de dios, pues no sólo se ha desvanecido la sustancia, sino también la palabra. De ahí que toda configuración humana, –las máscaras, las formas, las palabras...– estén realmente vacías y sólo sirvan en la medida que cada individuo sea capaz de llenarlas, proyectándose en ellas, esto es, creyendo en ellas como proyecto, como programa. De autocrearse.

Sólo si se ha ido hasta el final y se ha detenido en silencio, infinitamente alejado del puro análisis, se estará creando la disposición adecuada para una emergencia personal.

Pero, para que estas nuestras palabras no traicionen el mensaje, vamos a in-

tentar clarificar el sentido de la emergencia **personal**, siguiendo a María Zambrano. Recordemos que la palabra, cuando, después del silencio, deba ser pronunciada y siempre que el ser humano se acoja a su poder emergente, lejos de responder ni corresponder a conceptos luminosos, que clarifiquen definitivamente los avatares de la vida, penderá de esferas metalógicas y deberá ser tomada como metáfora, tropo, juego, al estilo nietzschiano. Paralelamente, la salida del atolladero, la emergencia personal, retoma el primitivo sentido de enmascaramiento. Persona es el humano que consigue existir, porque ha sido capaz de crear la máscara adecuada a lo que hay, saliendo de los ínfimos de la disolución, de la preindividualidad, de cualquier tipo de masificación, impotencia, opacidad, parálisis, angustia..., en los que se sentía visto-sin-ver, víctima, de mil modos, y no porque ciertas relaciones parentales hayan sido traumatizantes. Desde el silencio, el humano sabrá que *el delito mayor del hombre es haber nacido*. Después aprenderá a ir creando la máscara, la palabra, el gesto... que le permitan salir de la angustia. Al conjuro de la palabra –el balbuceo, dirá la autora– el humano asume la transformación, una fundamental metamorfosis, –la conversión agustiniana. Persona no significa otra cosa que el proceso por el cual el humano se representa, se proyecta, con nuevas formas, capaces de crear nuevos haces de relación, otro mundo, quizá el único mundo **propio**, aquí y ahora. Es el más elevado modo de soñar: «el yo está solo en el vacío como un vigía. Un átomo solitario, por eso inerte, por eso puede ser revestido, enmascarado».⁹

TRAGEDIA, NOVELA Y ÉTICA

¿Cómo saber, el ser humano, si ha acertado con su máscara? No hay saber previo. Quizá, las señales que el sueño envía. Quizá, a su término, la propia peripecia vital. En rigor, lo adecuado al ínfero de la disolución es el cambio de máscara, la búsqueda constante de esa palabra original, capaz de romper el entumecimiento y el colapso. Acorde con la dinámica recurrencia de la realidad en que el humano habita y se siente vivir, la imaginación irá creando la máscara y la palabra capaces de invertir las tendencias anuladoras.

Analicemos, con María Zambrano, tres caminos de la palabra y para la vida: la Tragedia, la Novela y la Ética.

La vida, en cuyo origen se da el error –el error de nacer–, puede apurarse hasta el final y, entonces, la subyugante pasión de ser, –ser en el error–, conduce al ser humano a una existencia trágica. Así el griego protagoniza la tragedia de modo inocente, como víctima del destino. Perdida la pasión inicial de ser y centrado en el poder de la razón y en su **mayoría de edad**, puede el ser humano empezar a crear personajes, que den aventura y vivan aquello que él no se atre-

⁹ *Los sueños y el tiempo*, p. 144.

ve a hacer: «Madame Bobary y sus discípulas necesitan que les ocurran cosas», comenta Zambrano.¹⁰

La conciencia moderna, cargada de «sustancia», no crea tragedias, porque se refugia en la novela, –y en el novelar–, que le permite no aceptar como propias ni la inocencia ni la culpa. Es un modo de aferrarse al Yo, como sujeto-sustancia, que se resiste a la disolución. «Mientras que la tragedia es fruto de un claro despertar, –el despertar de la conciencia–, el despertar de la novela es ambiguo, pues se representa de un sueño a un ensueño, representación, parodia en busca de ser. Esa es la culpa».¹¹

El trágico bebe el error hasta el final: «como si toda la vida fuese el apurar en diversos planos aquel único argumento, aquella “pasión”; apurarla o disolverla según que quien la viva tenga un sentimiento trágico de la vida o no».¹² En este lindero su límite es la inculpación, la inmersión, la tendencia a huir y a establecerse. En la otra orilla, si se consigue emerger, le espera la exculpación y el arbitraje lúcido y lúdico de la vida como juego y farsa. La Novela regresa antes de haber llegado, por la obsesión de ser, creando e identificándose con los personajes.

La Ética, nace, según Zambrano, de un despertar al vacío de ser y de sentido, y en la entrega a la disolución. Dejar que la vida se vaya disolviendo, –culpable o inocente, da igual...–, sin identificarla con el montaje –tragedia, novela...–, que el ser humano se ve precisado a crear para salir y emerger del ínfero de la realidad siempre magmática, –familia, grupo, cultura, economía...–. Emerger sin destruir, ésta sería la sabiduría del ético: defender la individualidad de su ser, sin aferrarse al ser, porque el ser también es máscara, mediación. Lo humano es el proceso, entre la tragedia y la novela. Lo ético es el tránsito, el paso de órbita. Para la autora, la angustia ofrece la oportunidad de saber que todo en el reino del ser es fundamentalmente gratuito, todo frágil, todo vulnerable. Quien llegue a **renacer** desde una tal sabiduría, habrá cambiado absolutamente de órbita paradigmática: el mundo será otro, distintas sus categorías mentales, nueva su actitud: la bienaventuranza.

La vida y el mundo como un juego, en el cual el único error, la peor trampa, el mal, es la ignorancia, el no saber que sólo es un juego, el sustantivizar, el dogmatizar, el cerrar en círculo la imparabable espiral que es la vida.

Ese estilo de cierta indiferencia, nacido de la experiencia profunda de indiferenciación, ese aire de desinterés... son propios de quien mide las realidades de la vida desde la órbita que, culturalmente, se ha llamado amor.

Amor que, en María Zambrano, significa talante de entrega a la disolución final y a las muertes cotidianas, –no rechazo sino incorporación de tragedia–, y acto de construcción lúcida y fontal del mundo cotidiano, –como juego de formas–, en una *narración verosímil*.

10 *Hacia un saber sobre el alma*, cit. nota 1, p. 161.

11 *El sueño creador*, p. 110.

12 *El hombre y lo divino*, p. 181.